

# **Premio Ajey a la labor social en pro del desarrollo económico del municipio – Tiendas de aceite y vinagre y revendedoras**

Buenas noches:

El Premio Ajey a la labor social en pro del desarrollo económico del municipio ha recaído en las “Tiendas de aceite y vinagre” y en “Las revendedoras” de este municipio.

Las pequeñas tiendas de pueblo ejercieron durante gran parte de nuestra historia reciente, un papel clave como punto de encuentro social y pieza indispensable en la débil economía municipal. Su actuación como intermediario para el comercio de los productos locales y en ocasiones como proveedoras de crédito, sustentó durante años la economía familiar de esta localidad.

Las tiendas de “aceite y vinagre”, eran llamadas así porque en un principio estos comercios solo ofrecían estos alimentos básicos. Tiendas que normalmente se ubicaban, en una habitación más o menos pequeña de la casa que diera al exterior, se les adecuaba el mostrador, el surtidor, las estanterías, la balanza romana de hierro, los bancos de madera y en la trastienda, separada por una cortina, se amontonaba la mercancía a granel.

Tiendas, que a pesar de ser pequeñas, ofertaban una amplia gama de géneros: comestibles, pan, aceite a granel, petróleo para las cocinas, material escolar, tejidos, menajes, productos de limpieza como pastillas de jabón samba, lagarto, cosmética, bebidas, piezas de ferretería... También surtían a las cantinas y algunas servían a aquellos que demandaban tabaco, alcohol... las tiendas ofrecían de “todo un poco”. Algunos de estos establecimientos se hacían llamar botica por la variedad de productos dispuestos para la venta.

Destacar el carácter y el afán de superación unido al espíritu emprendedor para ser autosuficiente. Pequeñas tiendas que existieron en el municipio y esas que hoy en día siguen en pie a pesar que han sufrido alguna remodelación se sigue “apuntando en la libreta” y abasteciendo a los vecinos como antaño. La proximidad y cercanía además de punto de encuentro, de tertulia, el trato personal directo, y ese calor de encuentro con los vecinos ¡no se puede olvidar!. El buen hacer del gremio está siempre presente, no se ha perdido con el devenir del tiempo. La añoranza de tiempos pasados son algunos de los ingredientes de estos espacios que a pesar de la competencia siguen teniendo su público. Muchos de estos negocios han sido heredados permitiendo a varias generaciones obtener el sustento familiar.

Cuando se realizaba la compra y no había dinero en efectivo el tendero apuntaban en la página correspondiente al cliente hasta final de mes, cuando el cabeza de familia cobraba el jornal, saldaba la deuda. En este municipio se contaban por decenas, en apenas unos cien metros y en la misma calle de Las Ventas nos encontramos la tienda de doña Herminia, la de don Antonio Carta, la de doña Pura García, la de doña M<sup>a</sup> Teresa Perdomo...

La actividad comercial hoy en día ha cambiado mucho. Desde la cartilla de racionamiento a la actualidad donde se han impuesto y mandan las grandes superficies, donde las pequeñas ventas se han visto mermadas considerablemente. En la memoria de nuestro pasado más reciente es donde descubrimos la esencia e idiosincrasia de nuestra historia, vinculada a estos pequeños negocios que contribuyeron a la economía de muchas familias y con ello a paliar las necesidades básicas que inciden en el deterioro y calidad de vida de las personas.

La Recova en 1861 abrió sus puertas como mercado de artesanía y productos de la tierra en Arrecife. Los revendedores y las revendedoras constituían el eje central de los intercambios en esa economía de subsistencia. Desde muy jóvenes se dedicaban a comprar y vender productos agrícolas y ganaderos. Hoy aquí representados los últimos revendedores antes del cierre de la Recova, ya que la lista es enorme.

Entre ellos está don **Domingo Brito Fajardo**, que desde los 14 años se desplazaba a los pueblos de Tao, Tiagua y Tinajo a comprar verduras, quesos, cueros, zurrones... para vender en la recova. Se levantaba a medianoche, sobre las dos y media y se ponía en camino hacia Arrecife acompañado de su madre doña María y demás vecinos que coincidían en el viaje. Había de llegar al mercado los primeros para no tener que hacer cola, y desde que el municipal abría la puerta, colocarse en el lugar asignado y exponer su mercancía bien visible y cuidada para que los compradores se la llevaran cuanto antes y volver de inmediato a sus hogares, a descansar si había tiempo, para reponer fuerzas y seguir la tarea del siguiente día.

Doña **Gabriela de León Hernández** que perteneció por derecho propio a aquel grupo de revendedoras que tenía su puesto en La Recova. Toda su vida se desarrolló entre compras por los pueblos de Mozaga, Tao Tiagua... acompañada de su inseparable burro e incluso iba a pie y cargando con las cestas soportando la caminata y sufriendo las inclemencias del tiempo.

Doña **Facunda Pérez Rodríguez** fue una de estas mujeres que iba acompañada con su marido don Rafael. Cada uno llevaba su burro cargado con los alimentos que cabían en las cestas: pescado salado, jareas, tollos, pan, mimos, azúcar... que le proporcionaba

entre otros, su hermano don Miguel de la tienda “La Ruina” arrendada a don Juan Armas. El recorrido era largo: pasaba por Tías, Asomada, Tegoyo... una época que eran pocos los que tenían dinero para comprar. El trueque era muy corriente se cambiaban productos de un sector por los de otros que no se daba por la zona.

En los últimos años del siglo XX, la situación cambió, el transporte animal se había sustituido por vehículos a motor por lo que no se necesitaba madrugar, el lento caminar de los animales y las intemperies del tiempo se había cambiado por la rapidez y el regazo del coche.

Doña **Antonia González Díaz** figura entre las últimas revendedoras que los últimos tiempos transportaba los productos en el coche de su propiedad.

Las imágenes que nos ofrecen los hombres y mujeres de las zonas rurales muestran la simbiosis con las tareas agrarias, nos dan una visión inenarrable, ataviadas con ropajes sueltos y oscuros tocando la cabeza con pañuelos y sombreros, delantales, guantes de tela, el sobretodo elemento de abrigo, imprescindible para protegerse de los rigores del invierno.

Después de 139 años, La Recova cierra sus puertas, llevándose consigo todo un mundo de aromas y colores, el bullicio de los revendedores ofreciendo su mercancía, el regateo de los compradores, las idas y venidas de los usuarios, dejando en nuestra memoria la imagen de un bodegón a la antigua usanza.

Es por ello que en reconocimiento al papel que han desempeñado en la actividad comercial del municipio de San Bartolomé, se entrega el Premio Ajey a la labor social en pro del desarrollo económico del municipio a las Tiendas de aceite y vinagre y a las Revendedoras.

Gracias por todos estos años de dedicación, de trabajo duro, de madrugones y por la labor de ser emprendedores en épocas difíciles, por ello hoy San Bartolomé les premia. Están representados esta noche los últimos revendedores y revendedoras que coincidieron con el cierre de la Recova.

Felicidades.